

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 30 de mayo
de 1981

Escribe Domingo YNDURAIN

EL CALDERON DEL CENTENARIO

El centenario de Calderón, probablemente por su vertiente teatral, es decir, por la representación pública de espectáculos teatrales, ha calado en la convaliente vida cultural española: gentes de teatro, escritores, críticos, público y lectores en general se han interesado por el tema. No sé si Calderón tiene algún interés hoy para las personas no profesionalmente dedicadas a estos asuntos, pero de lo que no me cabe duda es de que el centenario si está vivo, ha dado lugar a numerosos artículos, representaciones, polémicas, etcétera. Es éste un hecho que merece la pena analizar.

Si el centenario de Calderón se hubiera celebrado hace unos años, los resultados hubieran sido completamente diferentes: las posiciones ante su obra estaban claramente definidas, y eran inamovibles; en tal época, el aparato oficial habría entrado a saco con la frialdad estereotipada que caracteriza sus intervenciones y, por contra, todos los demás, los otros, hubieran hecho gala del más profundo desprecio y desinterés. Hoy, las cosas son diferentes; se observa, en primer lugar, un claro interés por entender la obra de Calderón, interés que en gran medida viene motivado por la perplejidad ante un autor que, considerado entre nosotros como máximo representante de la política imperial y la religiosidad tridentina, resulta, sin embargo, apreciadísimo por alemanes e ingleses... y atacado por Menéndez Pelayo. Defensor, al parecer, de la lógica más implacable al servicio del orden absolutista, es descubierto y valorado por los románticos; partidario de la razón frente a la voluntad o los impulsos espontáneos, conecta con los filósofos voluntaristas alemanes, con Schopenhauer, por ejemplo, pero no con los pensadores de la ilustración neoclásica. Estas contradicciones, entre otras muchas, han llevado a replantear, aquí, entre nosotros, la personalidad y la obra de Calderón, y esto se ha hecho, en la mayoría de los casos, sin apriorismos, intentando ver lo que hay, libremente. Los resultados a que unos y otros han llegado ofrecen una gran variedad, en algunos casos, como no podía ser por menos, son decididamente contradictorios.

Se ha dicho que las numerosas representaciones teatrales que el centenario provoca se deben a los estímulos económicos oficiales; por supuesto, influyen, pero no se debe ignorar el interés real de actores y directores por montar unas obras donde han encontrado valores muy actuales: algunos están entusiasmados con los recursos plásticos, el juego escenográfico, maquinarias y tramoyas, o con el componente musical: los directores se encuentran así ante un espectáculo total en que se integran todas las artes, que a veces parece un circo, una fiesta llena de fantasía y de sorpresas. Este gusto por lo sensorial



es algo que todavía funciona, sobre todo, como respuesta al teatro realista y a favor de las corrientes que reivindican los aspectos visuales, lúdicos, sensoriales, por no decir sensuales. No deja de ser curioso encontrar este aspecto en las obras del muy académico Calderón.

Una sorpresa es lo bien que funcionan las llamadas comedias de enredo, la cuidada técnica teatral de Calderón, la gracia de las situaciones, movimiento, encuentros, sorpresas, etc. En este sentido me parece ejemplar la representación que de «Casa con dos puertas»

se hizo en Almagro: lo más revelador fue que representada en un teatro convencional no diera tan buenos resultados. Las causas son obvias, pero dan pie para plantearse el hecho de que no hay un solo teatro, un único modelo de espacio escénico, definitivo y perfecto, al que deba plegarse la realización de cualquier obra; por el contrario, cada obra exige el entorno que le es propio, con conexiones funcionales: el que establece una serie de el texto armoniza con el vestuario, el decorado

(Pasa a la página siguiente.)

Un poema de Fernando Villalón

¡Islas del Guadalquivir!
¡Donde se fueron los moros
que no se quisieron ir!...

En el espejo del agua
yo reparo en los andares
salerosos de mi jaca.

Luces de Sevilla,
faro de los garrochistas
que anohecen en la Isla.

(De «Romances del 800»)

Con este poema conmemoramos el primer siglo del poeta Fernando Villalón. En páginas interiores incluimos dos artículos sobre este autor, firmados por Juan Manuel Bonet y Angel Lázaro

Escribe Mercé MONMANY

Conversación con Giorgio Bassani



“LA VIDA
ARTISTICA
ESTA
EN LA
RENUNCIA
A VIVIR”

GIORGIO BASSANI (Bologna, 1916) ha pasado brevemente por España y, de forma curiosa, ha ofrecido lecturas de lo que menos se conoce aquí, por no haber sido traducido nunca: su obra poética, que, sin duda, tiene tanto que ver con su narrativa. Como narrador, es de los escritores italianos post-neorrealistas que, junto a Calvino, más puntualmente ha ido llegando a nuestro país. De igual modo, su nombre alcanzó una amplia difusión, al ser el autor de «El jardín de los Finzi Contini» (1962, premio Viareggio del mismo año); novela ésta que Vittorio de Sica llevaría al cine en 1970, obteniendo el Oscar de Hollywood a la Mejor Película Extranjera. Hoy ofrecemos a nuestros lectores la primera de las entregas en las que transcribimos esta conversación.

Como escritor, Bassani ha tenido una dedicación permanente a lo largo de su vida: contar «historias» de Ferrara, la serena y elegante ciudad situada al norte de Italia, en la bellísima región de la Emilia-Romagna. Pero ese reducido ámbito —elevado en sus niveles cotidianos con una exquisitez y delicadeza de recursos estilísticos admirable— continuaría siendo amplio si no se especificara otro motivo de sus narraciones: la comunidad judía y burguesa de esa ciudad, donde el escritor pasó su infancia y juventud, hasta ser encarcelado durante la segunda guerra mundial, y marchar luego a vivir fuera.

Así, lugares, historia y personajes, todos conocidos, todos familiares, irán «renaciendo» en el conjunto de su obra narrativa, que ahora acaba de aparecer en Italia, reunida en un solo volumen (Mondadori, 1981), escrito en forma de saga única y que lleva el título más explícito e idóneo con que se hubiera podido bautizar: «El romance di Ferrara» («La novela de Ferrara»). Allí se encuentran las «Historias de Ferrara» (1960, premio Strega), con los relatos «Lida Mantovani», «Un paseo antes de la cena», «Una lápida en Via Mazzini», «Los últimos años de Clelia Trotti», «Los anteojos de oro», «Una noche del 43» (llevada al cine más tarde), etcétera. También sus novelas «El jardín de los Finzi Contini» (1962) y «L'airone» («La garza», 1969), junto a otra breve: «Detrás de la puerta» (1964). Su última recopilación de relatos fue «L'odore del fieno» («El olor del heno», 1972), donde continúan apareciendo sus conocidos personajes ferrarenses, viejos y nuevos, e incluso su «yo» trascendido (Bruno Lattes). En España todo se halla traducido por la Editorial Seix Barral.

Su obra poética está representada por varios libros primeros («Storie di poveri amanti», 1946; «Te lucis ante», 1947; «Un'altra libertà», 1951) y dos últimos: «Epitafio» (1974) y «El gran secreto» (1978). En ambos introduciría una imagen poética y

literaria que tanto tiene que ver con su obra: los versos a la manera de epitafios. A principios de 1948, y hasta 1963, es redactor-jefe de la célebre revista literaria «Botteghe oscure». Asimismo, participa en «Le ragazze di Piazza di Spagna» (1951, de Luciano Emmer) hará el papel de un profesor que cuenta el paso elegiaco del tiempo, que el perfume de la juventud no logra detener. También participará en el guión de «La donna del fiume» («La mujer del río»), donde se reunieron excepcionalmente un amplio grupo de escritores: Ennio Flaiano, Alberto Moravia, Pasolini, Mario Soldati y él mismo.

Las condiciones biográficas particulares de Giorgio Bassani, esos mismos momentos que su memoria recupera volviendo con amarga y cariñosa nostalgia hasta los años idos de varias generaciones de hombres y mujeres maltratados por unas circunstancias históricas determinadas, no se han resumido en absoluto en la urgencia realista y comprometida, sino que la capacidad literaria del autor la eleva a intemporal. Los matices individuales se muestran a través de esas «grandes tragedias», pero también a través de las calladas, de las interiores, de las que viven en el silencio y la soledad de unas pocas paredes. Los desastres y secuelas de la guerra se hacen tristemente eternos, imperecederos, y los protagonistas irán yéndose de este mundo sin hacer grandes escenas, casi sin defenderse, uno a uno cayendo frente a la crueldad y la agresividad de un mundo del que sólo se puede añorar «la calma de los muertos».

—Muchos de los escritores de su generación están marcados por el trauma de la guerra. Usted mismo vivió unos años duros, estuvo en prisión...

—En efecto. Salí de la cárcel el 25 de julio de 1943, cuando cayó el Gobierno legal de Mussolini. Fui detenido por actividades antifascistas clandestinas, por trabajar en el ámbito del antifascismo clan-

(Pasa a la página siguiente.)

Escribe

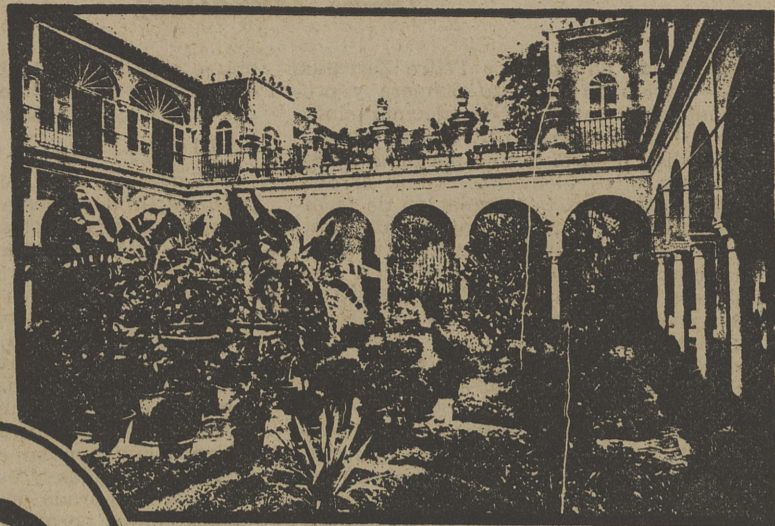
Juan Manuel BONET

ANTE EL CENTENARIO DE VILLALÓN

DESDE que las crucé por vez primera, las marismas del Guadalquivir figuran entre mis paisajes predilectos: llanura abierta, luz, buques como apariciones, reses bravas, mínimos bosques, islas como la de Tarfia, altos de Lebrija, horizontes del Coto, Sanlúcar... Y desde que conozco los versos de Fernando Villalón (aquellos de «Por popa viene un buque... Ya suena su ruido...», o aquellos otros: «Luces de Sevilla/faro de los garrochistas/que anochecen en la Isla) no puedo ver, no puedo sentir las marismas sino a través suyo.

NO es que no me apasionen Los bestiaros de Montherlant, no es que no le encuentre la gracia a Guadalquivir, donde Peyré nos hace tomarle cariño a un personaje que es casi un discípulo de Villalón, y que, en las mismas soledades, recita sus versos. Pero el choque poético inicial, la clave de aquellos parajes, siguen estando para mí en los tres libritos del Conde de Miraflores de los Angeles, poeta tardío, posmodernista en un principio, y luego activo miembro de la gongorina y a la vez popularista generación del 27. Nadie como él ha sabido expresar el alma de una tierra que apenas es ya tierra, y que, como señala José María de Cossio, es mucho más mítica que histórica.

Ahora —hoy 30 de mayo— se cumple el centenario del nacimiento del poeta, en un palacio sevillano a cuya cancela nos hemos asomado todos sus admiradores. El Ayuntamiento de la ciudad tantas veces odiada por él (véase, por ejemplo, su epistolario con Bacarisse, publicado por Andrés Trapiello en Separata) ha organizado diversos festejos. Por una parte, un festival taurino-flamenco-poético, a cargo de Curro Romero, Antonio Mairena y Rafael Alberti. Por otra, en un plano menos estruendoso, un libro-homenaje al cuidado de Jacobo Cortines, él también poeta y habitante, a rachas, de las soledades de Lebrija.



Patio interior de la casa de los marqueses de San Gil, donde nació el poeta el 31 de mayo de 1881. A la izquierda, otra foto de Fernando Villalón.



La obra de Villalón es poco conocida de los lectores españoles. Desde que se agotara la edición de Cossio (Hispanica, 1944), sólo se disponía de una breve antología bilingüe (español-árabe) aparecida hace cinco años. Recientemente, Litoral reeditó, en facsimil, los dos primeros libros del poeta. Todo lo demás era leyenda. Una leyenda hermosa, inseparable de la poesía. Villalón, ocultista; Villalón,

ganadero fantasioso; Villalón, enamorado... En torno a esta leyenda, toda una bibliografía de la amistad, que ahora Cortines recopilará y completará: los estupendos apuntes de Manuel Halcón, la imagen primera de Alberti, las evocaciones ocultistas de Romero Murube, la caricatura lírica de Juan Ramón, que fue compañero suyo en los jesuitas del Puerto...

No se trata de deshacer la leyenda. Cuanto más hermosa que otras, y qué bien concuerda con la propia obra poética de Villalón. Se trata, precisamente, de que, a partir de la leyenda, Villalón vuelva a ser un poeta leído. Posmodernista en sus comienzos, con ecos indudables de Rubén, con un cierto tono que a veces me recuerda a Bastera, muy pronto supo conectar con las preocupaciones de lo que se ha dado en llamar la generación del 27. Colaboró en Mediodía y en Papel de Aleluyas, revista que ahora se acaba de reeditar, y que dirigió junto a Rogelio Buedia y a Adriano del Valle. Tales trajes (con sus consiguientes broncas, que no era Villalón hombre de fácil trato) inciden directamente sobre su obra. Ya en Andalucía la baja, al lado de poemas posmodernistas algo ampulosos, hay algunos romances. Tendencia que se afirma plenamente con sus Romances del 800, en cuyo título hay que buscar el primer precedente de un género neorromántico cultivado por el mejor Foxá, y en cuyas páginas encontramos romances que figuran entre los mejores de ese romancero que, según el despectivo Juan Ramón, podría constituirse a partir del 27. En esos romances, o en las gacelas (subtituladas contrabandistas, marineras, jardineras y garrochistas) está lo mejor de Villalón: una poesía fina, nostálgica, que asume el riesgo de lo narrativo sin dejar de aspirar a la máxima pureza formal.

En Villalón, que estuvo tentado por tantas cosas y al que la vida dejó tan poco tiempo para escribir una obra, no cabe separar, repito, la obra de la leyenda. Sus versos son la mejor expresión de su vida; la mejor expresión, también, de una tierra. Más que para leídos en este Madrid de nuestros amores, son para recitados en la tierra que los inspiró. Ni siquiera Sevilla puede retenerlos, Cabalguen nuevamente, pues, sobre los pasos de la sombra de Gerión.

Escribe

Angel LAZARO

FERNANDO VILLALÓN VISTO POR HALCON

El día 31 de mayo de 1881, justamente hace ahora cien años, nacia en Sevilla el poeta Fernando Villalón, «poeta de Andalucía la Baja y ganadero de toros bravos». Así lo califico su sobrino y biógrafo, hace cuarenta años, Manuel Halcón, quien nos ha dado en este tomo de 200 páginas uno de los libros más transparentes que se hayan escrito en lengua castellana en lo que va de siglo, capaz de emparejarse con «Platero y yo», la elegía andaluza de Juan Ramón.

EL nacimiento de Villalón, en Sevilla, fue casual, pues sus padres (él fue hijo único) habían ido allí desde Morón de la Frontera, donde tenían su gran casa solariega, a pasar una temporada. Inmediatamente, padres e hijo vuelven a lo suyo.

Halcón nos describe así la morada: «En aquella casa de los condes de Miraflores de los Angeles, en Morón de la Frontera, cuya parte más alta era el jardín, el declive del terreno donde estaba emplazada ofrecía la característica de que el coche entrase por la azotea con los cuatro caballos trotando largo, y había espacio para que el cochero pudiese quedarse con ellos antes de llegar a la baranda y aun para dar la vuelta. Allí mismo estaban las cocheras y las cuadras, cuyas puertas daban al campo.»

Merecía la pena transcribir el párrafo íntegramente, porque en él está ya la andadura, el ritmo y la sencillez que presiden todo el libro. Halcón es un niño entonces; Fernando Villalón —una torre en movimiento— frisaba los treinta años. Al niño le choca la fortaleza y el talento de su tío. Su manera de vestirse y desnudarse:

«Lo hacía de pie y derecho. Sin apoyarse más que en una pierna se quitaba y ponía ágilmente calcetines, zapatos, botas altas de montar y las espuelas... Ha sido el hombre que he visto encajar en la silla vaquera con más pesantez, naturalidad y elegancia.»

El campo, el campo. Aquel centauro no tenía otro fondo que el campo y sus gentes, y con esa vida amasaría los romances que, ya hombre hecho y derecho, le situarían entre la generación de los poetas andaluces del 27: Lorca, Alberti, Altólaguirre. Prados que veían en aquella vocación tardía poco menos que un milagro de la tierra misma.

«Mi caballo se ha cansado, mi caballo marismeño, que no le teme a los toros ni a los jinetes de acero.»

Jinete de acero era el propio Villalón, a quien la leyenda atribuyó el propósito, cosa por lo demás digna de un poeta, de criar toros con los ojos verdes. Pero nada más lejos de estas simulaciones que la autenticidad campera, campesina, de Villalón, tan arraigado en su suelo que ni siquiera vino a Madrid cuando, en el salón-cillo del Teatro Español, Ricardo Calvo leyó su obra en verso «Don Juan Fermín de Plateros», que no llegó a estrenarse y cuyo original se ha perdido lamentablemente.

En esta obra, a cuya lectura asistimos, y de la que guardamos una gran impresión, se exaltaba a los garrochistas, antepasados de Villalón, que tomaron parte en la famosa batalla de Bailén, donde el general Castaños venció a los mariscales franceses.

Los versos de Villalón corrieron bien pronto entre los que sólo veían en el ya campero cuarentón al ganadero cabal:

«Echa vino, montañés, que lo paga Luis de Vargas, el que a los pobres socorre y a los ricos avasalla.»

Así iban entre la gente, a veces alterados por la memoria, los «Romances del ochocientos», de igual modo que las coplas de los hermanos Machado se cantaron acompañadas de guitarra sin que se advirtiera dónde estaba la frontera entre lo culto y lo popular «Tu calle ya no es tu calle, / que es una calle cualquiera / camino de cualquier parte.» Sabor y sabiduría que vienen de siglos.

Halcón recuerda a su tío con un pelo negro cetrino, con brillo y abundoso como el de los gitanos. «Parecía que se untaba aceite, pero sólo usaba agua en el peinado.» Siempre había que imaginarse al poeta cabalgando, pero cuando echaba pie a tierra las piernas conservaban un poco la curvatura de la silla. Y al echar a andar acostumbraba castañetear los pulgares, como si fuera a arrancarse a cantar una copla por lo bajo.

De manera que entre el señorito andaluz y el hombre de campo andaluz existía en Fernando toda la diferencia que va de lo simulado a lo auténtico. Esta autenticidad es lo que afirma a Villalón entre los grandes poetas andaluces de este siglo.

Por ser auténtico en todo, su amante fidelísima más allá de la muerte era gitana pura. «Me gustan las mujeres que crujan.» Se fundían como en el arte lo popular



Fernando Villalón, poeta y ganadero de reses bravas en las marismas del Guadalquivir.

y la aristocracia del espíritu en el poeta de Andalucía la Baja, que solamente cuando se sintió muy enfermo vino a Madrid para operarse.

Le conocimos entonces y hablamos con él a solas, sin saber el grave mal que le aquejaba, en el café La Granja. Tenía ilusión de escribir una obra para Lola Membrives, actriz que admiraba, y a la cual lo popular le iba muy bien, pues no se olvide que había estrenado «La Lola se va a los puertos», de los dos hermanos andaluces.

Ya por entonces la fortuna en dehesas y ganados heredada por el poeta tocaba el hondón. Claro está, ningún poeta desde los tiempos de Cervantes había sabido ganar hacienda ni conservar la heredada. Para ingresar en el sanatorio tuvo Villalón que pedir dinero prestado a un amigo. «Al entrar en la clínica —escribió a su entrañable sobrino Manuel Halcón—, ausente de España entonces— te envío un abrazo de grauitud por todo lo que has hecho conmigo en la época de mi caída... pues no sé lo que Dios me tendrá reservado.»

Presentía que «la que nunca nos olvida», le rondaba ya. Y se cumplió su presentimiento el día 8 de marzo de 1930. Había vivido cuarenta y nueve años aquel hombretón al que parecía que nada podría dar en tierra con él, tan afirmado se sentía en sus raíces.

Y en esta época que pudiéramos llamar del plástico —¿transitoriamente?— la autenticidad contra la falsificación, que es casi la misma que la de campo contra ciudad con millones de hombres, la evocación del poeta que ahora hubiera cumplido cien años de su vida, es un homenaje no sólo a su persona y a su obra, sino también a lo esencial de su tierra, porque, en definitiva, son la tierra y sus gentes las que nutren la obra de todo artista auténtico.

Fernando Villalón, 1881-1931. ¡Qué lejos estaría él de imaginar cuando sintió rondarle la muerte que al cabo de medio siglo los amigos que le sucedieron iban a recordarle mercedamente con fervor y con admiración!

Escribe
J. A. UGALDE

UNION SOVIETICA: EL IDOLO CAIDO

SALVANDO el caso de algún recalcitrante estalinista, las fuerzas de la izquierda han variado, en los últimos años, su valoración de la realidad interior y de la política exterior soviética. El desprestigio del Estado ruso se inició en la aurora de los años sesenta y culminó, a mediados de los setenta, con la aceptación mayoritaria del carácter imperialista, totalitario y explotador del capitalismo estatal ruso. Sin embargo, ésta no fue una convicción fácilmente asumida, ni nació entre nuestra izquierda de forma autóctona; bien al contrario, fue un doloroso cambio de visión que se extendió por contagio, a tenor, primero, de los insostenibles comportamientos de la burocracia soviética, aireados por la oposición rusa y, segundo, de los análisis e informaciones suministrados por la intelectualidad occidental menos miope. Uno de los escasos críticos surgidos de las corrientes marxistas de nuestro país, que se incorporó con voz propia al examen de la realidad soviética y de su papel internacional, fue Fernando Claudín (1), temprano disidente del PCE, que acaba de publicar un exhaustivo informe titulado «La oposición en el socialismo real» (2).

ANTES de comentar el texto de Claudín conviene parar mientes en las consecuencias de esa manera, mediatizada y mimética, que tuvo nuestra izquierda de romper a regañadientes con el mito de una Unión Soviética emblema triunfante de la Revolución. A resultados del simbólico asesinato del padre con sede en el Kremlin (y de algunos otros fenómenos), toda Europa vio oscurecerse lo que Bloch llamaría el «horizonte utópico». Pero, en nuestro país, el sacrificio dejó una traumática huella en las mentes de la izquierda, que todavía hoy no han logrado poner límite a la desesperación consecuente al derrumbamiento del modelo salvífico de la URSS. Las mayores camadas de lobos marxistas, leninistas y socialistas fueron metamorfoseándose en amplios rebaños de blancos corderos, que, hallándose sin pastor, cayeron al abismo de una política pactista cuyo fondo no se vislumbra todavía.

Disculpable tal vez en los primeros pasos de la transición democrática, el comportamiento de los grandes bloques de la izquierda del país no sólo se ha revelado incompetente para elaborar un modelo estratégico convincente, sino incapaz para articular una resistencia mínima ante los últimos y desastrosos hitos del proceso español: la decidida política económica derechista y desempleadora del Gobierno; la generalización del desánimo ante el caos administrativo y el nepotismo; los retrasos y retrocesos en el laberinto autonómico, y, sobre todo, la irrupción de un golpismo de derechas cuyos tentáculos se adentran hasta ignotos ámbitos de las Fuerzas Armadas y de los cuerpos de seguridad del Estado.

En todas estas graves tesisuras, nuestra atemorizada izquierda ha preferido tran-

sigir, dismantlar la capacidad de respuesta popular, acercarse a posiciones gubernamentales, confundir la defensa de la democracia con la cesión de toda iniciativa al centro-derecha, acallar toda crítica radical nacida en su seno. Invariablemente inclinada al sometimiento e irrisoriamente convencida de que para detener los golpes lo mejor es acatar y callar, la izquierda oficial ha contribuido a la sensación de impotencia con que las capas populares asisten a los acontecimientos y al afianzamiento de una especie de «síndrome de vencidos» desde el que la población sufre la soberbia escalada de la extrema derecha.

EN TODAS PARTES CUECEN HABAS

EL libro de Claudín es una documentada relación del mosaico de movimientos, ideologías y grupos sociales que se oponen a la gerontocracia rusa desde la muerte de Stalin en 1953. En la introducción escribe Claudín que entre 1929 y 1953 perecieron a consecuencia de la represión unos diez millones de personas, y tal vez las dimensiones de esta represión expliquen la inconveniencia de la denominación de «desidencia», argumentada por Kolakowski, y la elección del término, más amplio, de «oposición»: «Si por desidencia se entiende el conjunto de los que no creen en la ideología oficial, habría que aplicar el término a todo el mundo porque nadie cree en ella.»

Al hilo de acontecimientos narrados con pelos y señales —constitución de grupos más o menos clandestinos, manifestaciones, actos de protesta de muy diversa índole, tareas de zapa propagandística a base de los populares «samizdat» y otras for-

mas de lucha—, Claudín va examinando paralelamente los vaivenes de la política interior rusa: la desestalinización kruscheviana, las tácticas represivas ondulantes inauguradas por Breznev y la agudización del control interno que sigue a la invasión de Checoslovaquia, los diversos y demagógicos intentos de blanquear la fachada y de desarrollar la lucha ideológica contra las plataformas de la oposición. Pero ésta crece considerablemente y aumenta su influencia en la década de los setenta: protagonizan rebeliones los inquilinos de los campos de concentración y de los hospitales psiquiátricos, los intelectuales y los artistas, los miembros de las nacionalidades periféricas, los opositores religiosos, los obreros y sindicalistas, los grupos activos en defensa de los derechos humanos y en la exigencia del cumplimiento de las resoluciones de Helsinki, firmadas por las autoridades soviéticas. La mayor parte de esta actividad tiene poco que ver con las estructuras organizativas tradicionales de los partidos y compone más bien un fermento ubicuo y activo que recorre de cabo a rabo la sociedad rusa y que, en los últimos tiempos —para mayor escándalo de la burocracia soviética o «nomenclatura»— establece peligrosos lazos con simétricos movimientos del resto de los países del Este, sobre todo de Hungría, Checoslovaquia y Polonia.

Claudín nos ofrece una argumentada interpretación del complejo fenómeno de la oposición, apoyándose siempre en fuentes documentales y mostrándose cauto en la valoración de su porvenir. Al término del análisis fundamental, dedicado a la URSS, establece una clasificación entre las distintas tendencias políticas del abanico opositor: demócratas del partido, so-

cialistas en sentido amplio, liberales (con Sajarov a la cabeza) y oposición antideocrática o rusionacionalista que tiene como elemento más destacado a Solzhenitsyn.

Especial interés reviste la pormenorizada exposición del pensamiento político de Sajarov por dos motivos: en este autor se hallan los primeros intentos de responder al interrogante de ¿por qué el pueblo no reacciona con más fuerza ante la situación? (según el conocido científico, por el relativo ascenso del nivel material de vida y por la «inercia del miedo»); es también Sajarov quien más ha insistido en la todavía precaria comprensión occidental de la irreversibilidad y el enorme riesgo que para el mundo supone la agresiva y expansionista mentalidad de las jerarquías del capitalismo soviético de Estado.

Tras señalar en varias ocasiones que «todo paso importante hacia la democratización política en un sistema donde ya ha sido liquidada la propiedad privada capitalista adquiere objetivamente contenidos mucho más radicales que en el sistema capitalista», Claudín, en las últimas páginas, insiste en el extremado interés que la izquierda europea debe tener en influir en la liberación del socialismo real, hoy encadenado. Tal vez no hubieran sobrado unas palabras acerca de las dificultades que este proyecto entraña, debido al impermeabilizado cierre con que cada una de las dos superpotencias se defiende de las injerencias de la otra. Para las fuerzas progresivas sería básico zapar ese aislamiento bi-polar que, sobre todo en el terreno militar, está siendo la mejor cortada para avanzar en el terror nuclear y en la perpetua escalada armamentista.

Sólo resta esperar que los lectores del libro de Claudín —previsiblemente de izquierdas—, ante esta confirmación de que el sistema soviético es una dictadura totalitaria, celosamente represiva en el interior, fanáticamente expansionista, armada hasta los dientes y no excesivamente preocupada por el bienestar de sus súbditos, no se amparen en el conocido refrán de «En todas partes cuecen habas» para persistir en su plácida y ya dilatada siesta política. Claudín ha mostrado con precisión los alcances aún precarios de la oposición en la URSS; aquí corremos peligro de que toda oposición se evapore.

(1) Fernando Claudín es autor de «La crisis del movimiento comunista» (1970), «Marx, Engels y la revolución de 1848» (1975), «Eurocomunismo y socialismo» (1977) y «Divergencias comunistas» (1979).
(2) «La oposición en el socialismo real», de Fernando Claudín. Siglo XXI Editores. 390 páginas.



Escribe
Ana María
NAVALES

“LA VIDA COMO DISCURSO”

PARA los que hemos sido sus discípulos, el profesor aragonés José Manuel Blecuá, y desde hace dos décadas, catedrático en la Universidad de Barcelona, y antes, en los años cuarenta y cincuenta, en el Instituto Goya zaragozano, representa ese maestro por excelencia ante el que uno se siente verdaderamente alumno, y ante el que aprende a saber de un modo muy vivo lo que es ese abstracto concepto que llamamos vocación por la enseñanza, a la que él se ha entregado con una ejemplaridad absoluta, que le ha merecido, en justa correspondencia, esa general devoción que por su figura hoy se siente.

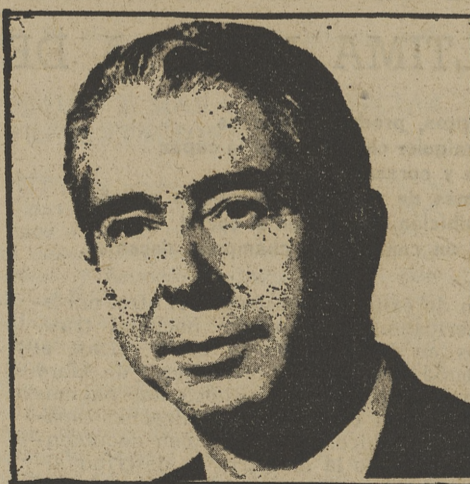
MAESTRO por excelencia, y maestro de maestros —como con feliz y exacta expresión se le nombra—, el profesor Blecuá es también, sobra decirlo, el admirable estudioso de nuestros clásicos, a los que ha recuperado en esas ediciones críticas —los Argensola, Herrera, Quevedo, don Juan Manuel, etc.—, más delicadas de rigor investigador y de apasionado amor hacia la obra literaria.

Pero además —además del antólogo, además del autor de tantos tratados escolares, en los que generaciones de estudiantes han aprendido a conocer y saborear nuestra historia literaria—, hay un Blecuá menos conocido para muchos, que ha ejercido otra forma de magisterio distinta de la del aula o la del libro: la del artículo periodístico, en forma de pequeños estudios y críticas, que Blecuá ha ido publicando a lo largo de muchos años— y especialmente en las décadas del cuarenta

y cincuenta— en las páginas del diario zaragozano Heraldo de Aragón.

Una amplia selección de esos artículos —más de ochenta— son los que se recogen ahora en el volumen *La vida como discurso*, que publica Ediciones de Heraldo de Aragón, con introducción y recopilación de Juan Domínguez Lasierra, agrupados en cuatro apartados: temas aragoneses, de clásicos y modernos, de varia literatura y otros temas, bajo el título que da nombre al libro.

Temas aragoneses se inicia con un revelador y jugosísimo estudio sobre «La aportación del carácter aragonés a la literatura española», que centra los rasgos predominantes de los autores aragoneses y su contribución como tales a nuestra gran literatura, bajo el imperio de la ética, la didáctica y lo ejemplar como notas más propias. Visión general, caracterizadora, que sirve de preciosa introducción a los restantes artículos «aragoneses», por donde



desfilan desde Pedro M. Jiménez de Urrea, Diego de Fuentes o Gracián, a Miguel Artigas, Lain Entralgo, Ildefonso M. Gil o Luis Hornó.

De clásicos y modernos recoge treinta y nueve artículos —el apartado más extenso—, siguiendo, como en toda la recopilación, un orden cronológico de temas. Críticas de libros, semblanzas de autores, notas de erudición, estudios de escuelas y épocas, van dando la medida de una colaboración periodística muy atenta a la actualidad literaria en su momento (todos los artículos van fechados, como es de rigor en estos casos) y de la aguda capacidad del profesor Blecuá para ese ejercicio de síntesis que supone el artículo, donde el rigor del dato, la altura del criterio, jamás está reñido con la sencillez y la galanura del estilo. Véanse, si no, los preciosos artículos sobre Unamuno, J. Ramón, Pío Baroja, Azorín, Ortega, Menéndez Pidal, Angel del Río o Pedro Salinas,

MAGISTERIO PERIODISTICO DE JOSE MANUEL BLECUA

que revelan el profundo entañamiento del profesor Blecuá con la vida y la obra de estos grandes nombres de nuestro siglo.

De varia literatura nos lleva a críticas y notas sobre la canción mozárabe, el folklore, el villancico, la queja, la fábula mitológica, la poesía azteca, los gitanismos del español, y a dos temas de sabrosa curiosidad e intención: la «divinización» de la jácara y meditaciones sobre la orla.

En el último apartado, Blecuá se propone, y nos propone, sugestivas cuestiones sobre la relación vida-literatura: un libro sobre la mano, una teoría del canto, la polémica del arte nuevo, la popularización de la poesía, la relación poesía-pintura abstractas, el arte de escribir, incluso el arte de escribir un artículo, el arte de la prudencia..., para terminar con el artículo que da nombre al libro, «La vida como discurso», cita gracianesca que permite al profesor Blecuá darnos una visión de la vida del hombre como «un discurso, con sus gustos y disgustos, sus paréntesis, sus párrafos y su punto final».

Como dice el presentador del volumen, *La vida como discurso* es una imprescindible recuperación de la labor periodística literaria del profesor Blecuá, «uno de los hombres que con más auténtico magisterio han trabajado por la cultura española y aragonesa». *La vida como discurso* nos acerca, de un modo muy directo, a su ejemplar personalidad intelectual y humana.

